

**BREVE HISTORIA DE LOS
PREMIOS NOBEL
DE LA LITERATURA II**

Juan Bravo Castillo



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve Historia de los Premios Nobel de la Literatura II*
Autor: © Juan Bravo Castillo

Copyright de la presente edición: © 2022 Ediciones Nowtilus, S. L.
Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: ExGaudia, Asociación Cultural

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición digital: 978-84-1305-247-2

Fecha de edición: febrero 2022

Para Llanos, mi esposa,
y para mis tres hijos,
Alicia, Diana y Juan.

Índice

Presentación	13
Los Premios Nobel y su contexto histórico.....	19
La definitiva consolidación del Nobel.....	19
De Mayo de 68 a la caída del Muro.....	19
Relación de galardonados: de Jean-Paul Sartre a Camilo José Cela	25
Jean-Paul Sartre (1964)	36
Mijaíl Alexándrovich Shólojov (1965)	42
Shmuel Yosef Agnón (1966).....	46
Nelly Sachs (1966)	50
Miguel Ángel Asturias (1967).....	53
Yasunari Kawabata (1968)	58
Samuel Beckett (1969)	62
Alexandre Isáievich Solzhenitsyn (1970)...	67
Pablo Neruda (1971)	71
Heinrich Böll (1972).....	74

Patrick White (1973)	78
Harry Martinson (1974).....	83
Eyvind Johnson (1974)	88
Eugenio Montale (1975)	91
Saul Bellow (1976)	94
Vicente Aleixandre (1977).....	98
Isaac Bashevis Singer (1978).....	104
Odysseas Elytis (1979)	108
Czeslaw Milosz (1980)	111
Elías Canetti (1981)	115
Gabriel García Márquez (1982).....	119
William Golding (1983).....	124
Jaroslav Seifert (1984)	127
Claude Simon (1985)	130
Wole Soyinka (1986)	135
Joseph Brodsky (1987)	138
Naguib Mahfuz (1988)	143
Camilo José Cela (1989)	148
La universalización del Nobel	153
Marco histórico: Mundo multipolar.	
Terrorismo	153
Relación de galardonados: de Octavio Paz	
a Abdulrazac Gurnah.....	159
Octavio Paz (1990)	172
Nadine Gordimer (1991)	176
Derek Walcott (1992)	180
Toni Morrison (1993).....	184
Oé Kenzaburo (1994).....	188
Seamus Heaney (1995).....	191
Wisława Szymborska (1996).....	196
Darío Fo (1997)	200
José Saramago (1998)	205
Günter Grass (1999)	211

Gao Xingjian (2000)	215
Naipaul (2001).....	220
Imre Kertész (2002).....	224
J. M. Coetzee (2003)	229
Elfriede Jelinek (2004).....	233
Harold Pinter (2005).....	239
Orhan Pamuk (2006)	243
Doris Lessing (2007)	247
Jean-Marie Gustave Le Clézio (2008)	252
Herta Müller (2009).....	256
Mario Vargas Llosa (2010)	261
Tomas Tranströmer (2011)	267
Mo Yan (2012).....	270
Alice Munro (2013)	275
Patrick Modiano (2014)	279
Svetlana Aleksievich (2015)	283
Bob Dylan (2016)	288
Kazuo Ishiguro (2017)	293
Olga Tokarczuk (2018)	297
Peter Handke (2019).....	303
Louise Glück (2020)	309
Abdulrazak Gurnah (2021)	315
Conclusión.....	323

Presentación

El año 1964 supuso un serio toque de atención para los responsables del Nobel; que un intelectual comprometido francés de altísimo prestigio, Jean-Paul Sartre, osara rechazar el *tout puissant Prix Nobel*, máxima aspiración de cualquier hombre de letras, era un motivo para hacer reflexionar seriamente a los máximos dirigentes de la Academia Sueca. Naturalmente, había un precedente, ocurrido seis años antes con Boris Pasternak, pero en su caso el rechazo se debió a las fuertes presiones políticas del gobierno soviético. Renunciar, por lo demás, a

una suma de dinero con la que poder asegurarse vivir cómodamente el resto de sus días, no era asunto baladí. Fue, qué duda cabe, una lección de humildad que contribuyó, en gran medida, a avanzar en lo que venimos denominando la consolidación del Nobel.

Sin abandonar sus típicas fluctuaciones, al año siguiente, la Academia, arriesgándose a un nuevo fiasco, otorgaba el galardón al soviético Mijail Shólojov, el novelista más popular de Rusia, un intelectual de línea ortodoxa, que aceptó la distinción sin ningún problema, lo contrario que ocurriría cinco años más tarde con otro ruso, Aleksandr Solzhenitsyn, con quien se iniciaba el apoyo de la Academia a la disidencia no solo soviética, sino también de signo contrario, como ocurría, en 1971, con el gran poeta chileno Pablo Neruda en un momento trascendental de la historia de aquel país andino. Asimismo, la Academia se abría en 1966 a la problemática hebrea, otorgando ese año sendos galardones, uno a Shmuel Yosef Agnón (judío que había optado por emigrar al Estado de Israel e iniciar allí una nueva vida) y, el segundo, a una mujer, Nelly Sachs (la sexta, después de 21 años de olvido), nacida en Alemania y que se libró del holocausto merced a la ayuda humana y material de la Nobel sueca Selma Lagerlöf, que la acogió en Suecia, salvándola de una muerte segura.

El final de los sesenta fue importante para la consolidación del premio. Así, si en 1967, concretamente, la Academia daba el salto a

Centroamérica, galardonando al guatemalteco Miguel Ángel Asturias, con una carrera literaria brillante, al año siguiente, 1968, viajaba por primera vez a Japón, otorgando el Nobel a Yasunari Kawabata, con lo que la Academia se abría a la universalización. Y, justo al año siguiente, aun retornando a Europa, canonizaba a Samuel Beckett, intelectual sin mácula, y sin duda uno de los grandes literatos del siglo xx. En esa misma línea incuestionable, la Academia ponía los ojos en 1972 en otra figura estelar, el novelista alemán Heinrich Böll; y un año más tarde viajaba nada menos que a Australia, aun cuando el galardonado, Patrick White, hubiera nacido en el Reino Unido.

No podía, empero, durar la dicha, ya que, en 1974, volvía la Academia a las andadas, nombrando al alimón a dos novelistas suecos, Harry Martinson y Eyvind Johnson, de cuyas respectivas obras muy pocos tienen nociones hoy día. Y, sujeta a tales avances y retrocesos prosiguió su andadura, con la bella nota del regreso del Nobel a España, en plena Transición, veintiún años después de que lo obtuviera Juan Ramón Jiménez, esta vez en la persona de Vicente Aleixandre, con quien la Academia sin duda trataba de hacer justicia a la Generación del 27 española, y en especial a la figura de Lorca. Otro momento glorioso, después del Nobel concedido, en 1981, al gran Elías Canetti, fue el «bombazo» (por lo del «boom») de García Márquez en 1982 y la consagración a escala planetaria de la gran

literatura hispanoamericana, que tendría su culminación, ya en nuestros días, en 2010, con Mario Vargas Llosa. Pocos soplos de aire fresco como el aportado por el colombiano. Habría que remontarse a Hemingway, veintiocho años antes, para dar con algo parecido.

Lo que a muchos –después del retorno a Francia del Nobel, tras veinte años de «castigo», haciendo recaer el galardón en Claude Simon, como reconocimiento a esa gran corriente de renovación de la novela que fue el «nouveau roman»– pudo parecer en su momento una nota exótica, dirigiendo la Academia los ojos hacia el dramaturgo nigeriano Wole Soyinka (1986), supuso una nueva línea de apertura tendente a la universalización del Nobel. A Soyinka le sucedieron el ruso nacionalizado en Estados Unidos, Joseph Brodsky, y al siguiente año, 1988, el gran novelista egipcio Naguib Mahfuz, considerado hoy día el padre de la prosa árabe con su célebre *Trilogía del Cairo*. Se cerraba esta etapa de consolidación con otro Nobel español, Camilo José Cela, el último hasta el presente, siempre que no incluyamos al peruano Vargas Llosa, nacionalizado en nuestro país.

Y es que si con un idioma se ha mostrado injusta la Academia Sueca, en especial durante la etapa que va de 1990 a nuestros días, es con el castellano (o español), un idioma que hablan más de 500 millones de personas y con una historia literaria algo más que envidiable. Y ello por más que los inicios fueran harto prometedores, con Cela (1989) y el mexicano Octavio

Paz en 1990. En vano esperaron el lógico reconocimiento Jorge Luis Borges, Julio Cortázar y Ernesto Sábato (la «maldición argentina»; el país más injustamente olvidado del mundo), o los españoles Juan Benet, Miguel Delibes, Juan Goytisolo o Rafael Sánchez Ferlosio, o incluso el catalán Pere Gimferrer, eterno candidato.

Digamos pues que, con la mundialización, es el inglés el idioma que ha barrido: la sudafricana Nadine Gordimer (1991), Derek Walcott (poeta nacido en Santa Lucía, 1992), la novelista estadounidense de raza negra Toni Morrison (1993), el poeta irlandés Seamus Heany (1995), V. S. Naipaul, novelista nacido en Trinidad y Tobago (2001), el sudafricano J. M. Coetzee (2003), el dramaturgo británico Harold Pinter (2005), la novelista británica nacida en Irán Doris Lessing (2007), la canadiense Alice Munro, maestra del relato breve (2013), Bob Dylan (2016), el novelista japonés nacionalizado británico Kazuo Ishiguro (2017), la poetisa estadounidense Louise Glück (2020), o incluso el flamante Nobel actual, el tanzano Abdulrazac Gurnah. Trece entre un total de treinta y dos, supone casi un 40 % de los premiados desde 1990 hasta el presente. De ahí que sean muchos los críticos y periodistas que hablan ya de un monopolio, no tan exclusivo como los que vemos año tras año en Economía, Medicina y Física, pero que cada vez se le asemeja más.

En contraposición, y como estrellas aisladas de gran brillo, nombres con una fulgurante

carrera tras ellos, como el portugués José Saramago (1998), el turco Orhan Pamuk, la rumana Herta Müller (duodécima mujer que recibió el Nobel, en 2009), el novelista húngaro Imre Kertész (2002), considerados héroes en sus respectivos países. Y naturalmente el alemán Günter Grass (1999), el austríaco Peter Handke (2019) y los chinos Gao Xingjian (2000) y Mo Yan (2012). Traer a colación al gran Günter Grass, Nobel de prestigio, conlleva lamentar que un escritor universal como fue el italiano Umberto Eco muriera sin el que habría sido un más que justo reconocimiento, en tanto que la Academia Sueca, en otra de sus increíbles fintas, concedía el Nobel al dramaturgo italiano Dario Fo, en 1997. Mas así es si así os parece...

1

Los Premios Nobel y su contexto histórico

LA DEFINITIVA CONSOLIDACIÓN DEL NOBEL

De Mayo de 68 a la caída del Muro

La muerte de Stalin, en 1953, inauguró un nuevo periodo histórico marcado por la instauración de cierta apertura y diálogo entre los grandes, con el fin de poner fin al orden bipolar instaurado durante la «Guerra Fría», que había dividido a Europa (y, de paso, al mundo) en dos mitades. Empezó de ese modo la etapa de «coexistencia pacífica», rota en momentos puntuales como la crisis de Berlín de 1961 y, sobre todo, la de Cuba, en 1962, que puso al mundo al borde del abismo. Tras

esa grave crisis, el presidente norteamericano John F. Kennedy y el dirigente soviético Nikita Krutchev tomaron conciencia de la necesidad perentoria de finiquitar la carrera armamentística y de reforzar el diálogo para evitar la tan temida catástrofe nuclear. Esa nueva política de distensión desembocó en la firma del TNP (Tratado sobre la No Proliferación de las Armas Nucleares) en 1968 y de los acuerdos SALT en 1972. La competición entre las dos superpotencias se centró, desde entonces, en otros ámbitos más pacíficos como el deporte o la carrera espacial.



Puerta de Brandeburgo, 1987, vista desde el lado occidental. En el cartel: «Atención, está abandonando Berlín Occidental». El muro de Berlín representa la Guerra Fría (Amidasu).

En Europa, el canciller de la Alemania Occidental Willy Brandt iniciaba en 1969 una política de acercamiento a la Alemania Oriental –la *Ostpolitik*– que culminó en 1972 con el reconocimiento mutuo de los dos Alemanias. La política de distensión alcanzó su apogeo en 1975 con los Acuerdos de Helsinki, en los que se garantizaba la inviolabilidad de las fronteras de 1945 y el respeto de los derechos del Hombre. Las disensiones ahora surgían en el seno de los propios bloques. Así, por ejemplo, en el oeste la Francia del general De Gaulle, por afán de independencia, abandonaba en 1966 las estructuras militares de la OTAN; en el este, la China de Mao, reacia a aceptar las críticas formuladas por Krutchev contra el régimen estalinista, entró en conflicto abierto con Moscú y puso en práctica un nuevo modelo de construcción del comunismo. Con la descolonización, por lo demás, el movimiento de los «no alineados» reunía a numerosos países del Tercer Mundo, recién alcanzada su independencia en muchos casos, que rehusaban situarse en ninguno de los dos campos.

La distensión no supuso, empero, el final de la «Guerra Fría». Se trataba más bien de una paz armada, durante la cual, la carrera armamentística, aunque mejor controlada, prosiguió durante años. Los dos grandes siguieron manteniendo su influencia sobre sus aliados más próximos; la URSS interviniendo en Checoslovaquia con el fin de reprimir el estallido de la Primavera de Praga (1968); los

Estados Unidos apoyando e instalando dictaduras militares en América Latina, como ocurriera en Chile en 1973, y cada uno tratando de preservar sus respectivos posicionamientos. Las tensiones, además, continuaban intactas en los límites de las zonas de influencia, cual es el caso de Vietnam, país en el que, a principios de los años sesenta, los Estados Unidos iniciaban un prolongado y doloroso conflicto al objeto de impedir la unificación con el Vietcong, comunista.

En 1974, la URSS trató de utilizar el debilitamiento coyuntural de los Estados Unidos tras su retirada de Vietnam, la crisis económica que por aquel entonces golpeaba el mundo capitalista y su superioridad reciente en materia de armamento, para tomar la iniciativa. En esa línea, favoreció la instalación de gobiernos prosoviéticos en África (Angola, Mozambique, Etiopía) e invadió Afganistán, iniciando de ese modo una muy larga y cruenta guerra contra los *muyaidines* –resistentes afganos–, a quienes el gobierno de Washington se apresuró a apoyar. En Europa, la URSS desplegaba a partir de 1977 misiles de medio alcance dirigidos contra los países occidentales, los SS-20, que rompían el equilibrio nuclear en el continente. Se iniciaba de ese modo la llamada crisis de los euromisiles.

Tras varios años de indecisión, los occidentales finalmente decidieron reaccionar contra estas nuevas provocaciones suscitadas por la URSS. El instigador principal de esta reacción

fue el presidente norteamericano Ronald Reagan —elegido en 1980—, anticomunista declarado y dispuesto desde el primer momento a poner en marcha una cruzada contra el «Imperio del mal». Consecuencia de esta nueva cruzada fue el anuncio, por parte de la URSS, en 1983, del proyecto de un escudo espacial antimisiles, que suponía un relanzamiento de la carrera armamentística —la célebre IDS («Iniciativa de defensa estratégica»). Ese mismo año, los Estados Unidos, pese a la hostilidad de los pacifistas, instalaban en Europa occidental los cohetes nucleares Pershing y Cruise como modo de contrarrestar el efecto de los SS-20.

Pocos sabían, sin embargo, que por aquel entonces el sistema soviético estaba minado en su misma base, anunciando el estrepitoso fracaso del modelo comunista, tanto desde el punto de vista político como económico y social. Signos evidentes de ello habían empezado a vislumbrarse en la cada vez más viva contestación presente en las democracias populares, en las que la cultura occidental se había filtrado, produciendo un progresivo divorcio entre el poder y la sociedad. El caso más conocido fue el de Polonia, país en el que en 1980 el recién creado sindicato independiente *Solidarnosc* («Solidaridad») inició una huelga. La proclamación del estado de guerra y la represión que se abatió sobre el país al año siguiente no lograron poner fin a la agitación.

La llegada al poder en 1985 de Mijail Gorbachov supuso un giro radical. Dinámico y

ambicioso, decidido a llevar a cabo una reforma exhaustiva, muy pronto comprendió la necesidad imperiosa de reducir los gastos militares, que representaban cerca del 20 % del presupuesto, para salvar a la URSS de la quiebra. Con ese objetivo inició una serie de negociaciones con los Estados Unidos para poner fin a aquella carrera armamentística sin sentido. Fruto de tales negociaciones fueron los acuerdos de Washington para el desmantelamiento de los euromisiles (1987) y el tratado START sobre la reducción drástica de misiles intercontinentales (1991). La URSS dejó de apoyar a los gobiernos y movimientos comunistas, y las tropas soviéticas enviadas a Afganistán fueron retiradas (1988-1989).

A partir de 1989, los regímenes comunistas, privados del apoyo soviético, y contestados por las nuevas generaciones, cayeron uno tras otro como fichas de dominó. El proceso se llevó a cabo unas veces de forma pacífica y negociada (como fue el caso de Polonia, Checoslovaquia y Hungría) y otras, de manera violenta (como ocurrió con Rumanía y Yugoslavia). El «telón de acero» caía en septiembre de 1989 cuando Hungría abría sus fronteras a Austria. La caída del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de ese mismo año, fue bastante más que un gesto simbólico. La consiguiente reunificación de las dos Alemanias el 3 de octubre de 1990, negociada con las cuatro potencias que la ocuparon después de la guerra, fue sin duda un acontecimiento trascendental que ponía fin de manera

pacífica a la «Guerra Fría», justo en el sitio donde esta había empezado.

Relación de galardonados: de Jean-Paul Sartre a Camilo José Cela

En 1964, la Academia Sueca, siempre fiel a la literatura francesa, hacía recaer el Nobel en el padre del existencialismo, Jean-Paul Sartre. Este, sin embargo, movido por motivaciones que en vano trató de explicar (fueron muchos los que consideraron que el componente de los celos para con Camus fue un facto esencial) rechazó, con gran escándalo mediático, el galardón. Habrían de pasar más de veinte años para que el Nobel volviera a Francia. Al año siguiente, la Academia Sueca, arriesgándose a otro nuevo escándalo, decidió hacer recaer el galardón sobre el escritor ruso Mijail Shólojov, autor de *El Don apacible*, novela con la que generaciones de escolares rusos se educaron (como ocurriría en México con *Pedro Páramo*). Shólojov, hombre del régimen, ortodoxo y máximo exponente del realismo socialista, aceptó el Nobel. Al siguiente año, 1966, la Academia decidía honrar los sufrimientos del pueblo judío durante la Segunda Guerra Mundial; de ahí que hiciera recaer el premio esta vez sobre dos representantes de esa cultura: el novelista Shmuel Yosef Agnón, perteneciente a una de esas familias polacas que apostaron por alejarse de la vorágine y fundar el nuevo Estado de Israel; y la poetisa Nelly Sachs, alemana de

familia judía acomodada que logró salvar la vida merced a la ayuda de Selma Lagerlöf, que la acogió en Suecia.

En 1967, veintidós años después de que recibiera el Nobel la chilena Gabriela Mistral, de nuevo la Academia ponía los ojos en Hispanoamérica, reconociendo la labor infatigable del novelista guatemalteco Miguel Ángel Asturias, precursor del inminente «boom» del que de alguna forma participaba este con su obra. Y, no satisfecha, al año siguiente la Academia tendía sus tentáculos hacia Japón, otorgando el Nobel al novelista Yasunari Kawabata, el gran maestro de la narrativa japonesa, que introducía una nueva sensibilidad en el arte occidental, como había ocurrido en el cine de Kurosawa. Y para coronar esta etapa de aciertos, en 1969 galardonaba al irlandés Samuel Beckett, asentado en París, discípulo de Joyce y gran revolucionario de la novela y, especialmente, del teatro, con *Esperando a Godot*. Aunque su elección cerraba las puertas al otro gran dramaturgo vanguardista creador del «teatro del absurdo», el rumano naturalizado en Francia Eugène Ionesco, no cabe duda de que pocas veces el Nobel hizo justicia a una personalidad de una relevancia y coherencia tan fuera de lo normal (se sabe que empleó el dinero del premio en ayudas a amigos necesitados).

Tras el renombre alcanzado por el Nobel en 1969, parecía difícil mantener el nivel pese a determinados críticos siempre descontentos. Con todo, los primeros galardonados de los

años setenta mantuvieron el prestigio –caso de Neruda (1971), Heinrich Böll (1972) y Patrick White (1973)– y el prestigio no exento de polémica –caso de Aleksandr Solzhenitsyn (1970). Con Solzhenitsyn salía a relucir la triste realidad del régimen soviético, los campos de concentración, los gulags, los lavados de cerebro, tal y como quedaba de manifiesto en *Un día en la vida de Iván Denishovic* (1962), obra que anunciaba su inminente ruptura con el régimen y su exilio. La concesión del Nobel, tildada por muchos de oportunista, permitió que Solzhenitsyn se explayara sobre los métodos de represión ideados por Stalin en su voluminosa obra *Archipiélago Gulag*, que hizo correr ríos de tinta. Por su parte, el Nobel otorgado al gran poeta chileno Pablo Neruda (segundo Nobel para Chile) en 1971 –un año antes de su muerte–, supuso no solo la plena internacionalización del galardón, sino también, y en cierto modo, la legitimación y el respaldo al régimen de Salvador Allende, que lamentablemente serviría de poco. En 1972, el Nobel regresaba a Alemania tras nada menos que 43 años (el último autor en recibirlo fue, recordémoslo, Thomas Mann, en 1929), en la persona de Heinrich Böll, el gran renovador de la narrativa alemana, autor de *Opiniones de un payaso*. Y, un año más tarde, en 1973, el Nobel viajaba a Australia, consagrando a Patrick White, novelista nacido en el Reino Unido, formado en la tradición de Joyce y Virginia Woolf, pero influido por el universo luminoso del Continente Austral.



El triunfo de Salvador Allende en las elecciones chilenas de 1970 puso en guardia a los Estados Unidos ante la posibilidad de que la izquierda llegara al poder en el Cono Sur a través de las urnas (imagen de la Biblioteca del Congreso de Chile).

En 1974, la Academia Sueca, probablemente acuciada desde el interior de la misma, y ante la sorpresa del mundillo literario, hacía recaer el Nobel en dos novelistas suecos prácticamente desconocidos allende sus fronteras: Harry Martinson y Eyvind Johnson, pertenecientes a la llamada «escuela proletaria»; se trataba de dos autodidactas, procedentes de sendas familias de humilde condición, que se convertían en el sexto y séptimo galardonado de esta nación. Por fortuna, la Academia, acto seguido, daría la de cal haciendo recaer el Nobel sucesivamente en tres grandes personalidades: dos poetas, el italiano Eugenio Montale (1975) —hombre profundamente comprometido con su tiempo, periodista destacado y, sobre todo, poeta de talla internacional cuyo hermetismo

estaba directamente inspirado en Mallarmé y Valéry—; el español Vicente Aleixandre (1977) — cuyo reconocimiento era un poco el de su generación, la generación del 27, con esa pléyade de celebridades, cual es el caso de Lorca, o sus compañeros Alberti, Guillén, Salinas, Dámaso Alonso, etc., que habían llevado la poesía española a una nueva Edad de Oro —; y un novelista judío estadounidense, aunque nacido en Canadá, Saul Bellow (1976), autor de libros de la dimensión de *Herzog* y padre espiritual de toda una saga de grandísimos novelistas judíos norteamericanos como Bernard Malamud, Norman Mailer, Philip Roth, etc.

En 1978, la Academia Sueca homenajeaba al antiguo lenguaje de los hebreos, el *yiddish*, otorgando su 75 Premio Nobel al novelista norteamericano de origen polaco Isaac Bashevis Singer, lo cual no dejó de ser otra nota exótica más, como el Nobel entregado al islandés Laxness en 1955 o al finlandés Sillanpää en 1939. Un año más tarde el elegido era un poeta griego, Odysseas Elytis, segundo Nobel de esa nación después de Yorgos Seferis, laureado, como vimos al final del tomo anterior, en 1963, y como él, miembro destacado de la generación de 1930. Otro poeta polaco, nacido en Lituania, Czeslaw Milosz, era galardonado en 1980. Hacía 56 años que la Academia no se acordaba de ese castigado país. El siguiente en la lista de los Nobel fue Elías Canetti, judío sefardí, espíritu errante, nacido en Bulgaria (en su hogar paterno, además del búlgaro, se

hablaba castellano), nacionalizado en el Reino Unido y cuya obra estaba escrita en alemán, autor del célebre libro *Auto de fe*, que es sin duda una obra clave para entender la historia de Europa en el siglo xx.

En octubre de 1982, la Academia Sueca otorgaba el Nobel de Literatura al narrador colombiano Gabriel García Márquez, célebre desde que en 1967 diera a la luz su novela *Cien años de soledad*, que no solo lo encumbró a él, sino también a toda su generación, la del «boom» hispanoamericano. Fue un momento mágico, como lo habían sido, en 1954 y 1957, los reconocimientos de Hemingway y Camus. Al tiempo que el Nobel engrandecía sus figuras, ellos engrandecían al Nobel. Al año siguiente, la Academia de nuevo bajó el listón, concediendo el galardón al novelista británico William Golding, cuya notoriedad provenía de la publicación en 1954 de *El señor de las moscas*. Era el séptimo Nobel que viajaba a Reino Unido. Lamentablemente, nombres insignes como George Orwell, Malcolm Lowry, Lawrence Durrell y Graham Greene morirían sin ese reconocimiento. En 1984, la Academia volvía a la gran poesía, poniendo los ojos esta vez en el poeta checo Jaroslav Seifert, hombre comprometido e inspirado. Con Seifert, el Nobel llegaba por primera vez a la patria de Franz Kafka, haciendo de alguna manera justicia al agravio que supuso que uno de los cinco grandes pioneros de la narrativa del siglo xx muriera en el olvido.

Y, aunque el rechazo del Nobel por parte de Sartre cayera como un jarro de agua fría entre los miembros del Comité, hasta el punto de someter a una cuarentena de veinte años a Francia, por fin, en 1985, y de forma parecida a lo que ocurriera con la «generación perdida» o el «boom» hispanoamericano, la Academia Sueca reconocía al tan controvertido «nouveau roman» francés en la persona de Claude Simon (decimotercer Nobel), dejando en la estacada a su «fundador» Alain Robbe-Grillet, o a su máximo exponente, Michel Butor, autor de *La modificación*. Aunque francés, Simon había nacido en Madagascar, lo cual, en cierto modo, anunciaba el nuevo salto que daría la Academia en 1986 hasta Nigeria —primer país africano que pudo presumir de tener un Nobel—, galardonando al dramaturgo Wole Soyinka, formado en Inglaterra y considerado uno de los grandes innovadores del teatro en el mundo.

En 1987, la Academia Sueca, en otro de sus típicos golpes de timón, otorgaba el Nobel al gran poeta autodidacta Joseph Brodsky, nacido en Rusia, joven polémico y rebelde, cuyo temperamento y modo de pensar le acarreó múltiples incidentes con el régimen, hasta que, con 37 años se instalaba en los Estados Unidos, donde se nacionalizaba, culminando de ese modo una obra poética breve pero intensa. Fue el cuarto Premio Nobel más joven, con 47 años —después de Kipling (42), Camus (43) y Sinclair Lewis (46).

Concluía esta cuarta época con dos singulares galardones: el concedido en 1988 al gran

novelista árabe Naguib Mahfuz, autor, entre otras muchas obras, de su célebre *Trilogía del Cairo*. Primer Premio Nobel egipcio y segundo africano, el galardón, si bien le granjeó fama y prestigio en todo el mundo, constituyó una fuente de conflictos permanente para él, que concluyó con un ataque de arma blanca en 1994, por parte de un grupo de extremistas islámicos, que a punto estuvo de costarle la vida y que lo dejó muy mermado de facultades. El Nobel del siguiente año recayó, por fin, después de figurar unas cuantas veces en las quinielas de aspirantes, en el gran Camilo José Cela, máximo representante de la novelística de la posguerra española, junto a Juan Benet. Con *La familia de Pascual Duarte* y *La Colmena*, Cela sacaba a la gran novela española del pozo en que había caído con la Guerra Civil, luego de que personalidades de la talla de Clarín, Galdós y Pío Baroja la hubieran llevado entre 1880 y 1936 a un renacimiento digno de Cervantes y la picaresca. ¡Qué triste que en el sepelio de Baroja se juntaran un reciente Premio Nobel (Hemingway) y otro en ciernes (Cela), cuando posiblemente el vasco atesorara más méritos que los dos juntos!

Y es que, pese al aperturismo de la Academia durante esta cuarta etapa de «consolidación» del Nobel, fueron muchas las celebridades que fallecieron en esa época sin degustar las mieles del ansiado galardón. Ya hemos visto los casos de Orwell, Lowry, Durrell y Graham Greene en Reino Unido. Todavía más grave

fue lo acaecido en Francia, ya que, además de los grandes nombres del Nouveau Roman, los citados Robbe-Grillet y Michel Butor, a quienes incluso se podría añadir los de Marguerite Duras y Marguerite Yourcenar, dos novelistas de enorme prestigio, o incluso Simone de Beauvoir (pensemos que, de los quince Nobel franceses no hay, curiosamente, ninguna mujer), la Academia se olvidó de personalidades del relieve de Céline (fallecido en 1961), André Butor, fundador con Philippe Soupault del Surrealismo (fallecido en 1966), Jean Cocteau (en 1963) e incluso André Malraux, figuras estelares de la época de entreguerras. Y eso por no hablar del gran dramaturgo alemán Bertold Brecht (muerto en 1956), y



Marguerite Yourcenar, la genial autora de «Memorias de Adriano» está junto a Marguerite Duras o Simone de Beauvoir entre las candidatas que no alcanzaron el Nobel (imagen de Bernhard De Grendel).

del novelista Thomas Bernhard (fallecido en 1989), sin duda la figura más importante y atrayente de la literatura austríaca, de la que posteriormente se beneficiarían Elfriede Jelinek y Peter Handke. En Italia, el reconocimiento de esos dos grandes poetas ya citados, Quasimodo y Montale, relegaría injustamente la figura de Ítalo Calvino, uno de los grandes novelistas del siglo (fallecido en 1985), junto a Cesare Pavese (fallecido en 1959, con solo 51 años).

También en la literatura norteamericana, pese al buen trato que le venía dispensando la Academia Sueca, se pueden observar graves ausencias, como es el caso de Patricia Highsmith (fallecida en 1995), el célebre John Kerouac (muerto en 1969) conocido, sobre todo, por su gran novela *En la carretera* (*On the*



Vladimir Nabokov, de origen ruso y nacionalizado estadounidense, fue una de las ausencias más notorias en la nómina de premiados (imagen de Walter Mori).

road), que marcó época y, en especial, por la del ruso nacionalizado estadounidense Vladimir Nabokob, autor de un formidable elenco novelístico del que, por azares de la posteridad, casi únicamente se habla de *Lolita*. Otros nombres relegados podrían ser el del alemán Frish (fallecido en 1991), el del novelista japonés Mishima (que se quitó la vida en 1970 y que muy bien habría podido abrir la lista de los Nobel japoneses en lugar de Yasunari Kawabata), el polaco Gombrowicz (fallecido en 1969), o el español Juan Benet, fallecido en 1993, y posiblemente el más completo y original novelista español del último tercio del siglo xx.

Ahora bien, para agravios el perpetrado por la Academia Sueca con la floreciente literatura hispanoamericana que, pese a reconocer entre 1945 y 1990 a los chilenos Gabriela Mistral (1945) y Pablo Neruda (1971), al guatemalteco Miguel Ángel Asturias (1967), al mexicano Octavio Paz (1990) y, sobre todo al colombiano Gabriel García Márquez (1982) – con el que creyó sin duda homenajear a todo el «boom» hispanoamericano–, olvidó nombres tan trascendentales como el del mexicano Juan Rulfo (fallecido en 1986), el del cubano Alejo Carpentier (en 1980), el del uruguayo Juan Carlos Onetti (en 1944) y, sobre todo, el de los tres grandes maestros de la literatura argentina –Jorge Luis Borges (fallecido en 1986), Julio Cortázar (1984) y Ernesto Sábato (2011)–, figuras de talla mundial, en especial la de Borges, el hombre de letras más importante



Jorge Luis Borges, junto a Julio Cortázar y Ernesto Sábato, conforman la trinidad de primeros espadas argentinos ignorados por la Academia Sueca.

de Hispanoamérica hasta la actualidad, cuya marginación por parte del Comité del Nobel fue más allá de los límites que, acaso por ignorancia y bisoñez, alcanzaron con Tolstói y Galdós.

Jean-Paul Sartre (1964)
Francia (1905-1980). Filósofo,
novelista y dramaturgo

Filósofo y escritor francés, hijo de un oficial de marina muerto justo un año después del nacimiento de Jean-Paul, en 1905, fue educado por su madre, prima del doctor Schweitzer (Premio Nobel de la Paz, 1952),

y por su abuelo materno. A una edad muy temprana descubrió el mundo de los libros y su valor casi sagrado en su entorno familiar. El despertar de una vocación que debe mucho a esta circunstancia lo referirá el propio Sartre de una manera pormenorizada, no exenta de ironía, en el breve y denso relato autobiográfico titulado *Las palabras* (*Les Mots*, 1963), que se detiene justo en el umbral de su adolescencia. El matrimonio de su madre en 1917 con un industrial poco dado a comprenderle marca el final de una relación afectiva privilegiada sobre un fondo de exilio provinciano. Se abría de ese modo para el pequeño Jean Paul un periodo incierto en que la imagen de un padrastro poco sensible a su genio cataliza la aversión del futuro escritor por una cierta forma de espíritu burgués.

La salvación le llegó merced al entorno escolar. Alumno de la Escuela Normal Superior en 1924, ganó con el número uno la oposición de Agregado de Filosofía en 1929, en tanto que Simone de Beauvoir, a la que había conocido pocos meses antes y que se convertiría en su compañera sentimental hasta el final de sus días, obtenía el número dos. Después de tres años de enseñante de Filosofía en el *lycée* del Havre, Sartre obtenía una beca de ampliación de estudios en Berlín y Friburgo, donde tuvo ocasión de adentrarse en la fenomenología de Husserl y el pensamiento de Heidegger.

Aunque siguió enseñando en otros liceos franceses, desde muy pronto se inició en la

investigación filosófica y en la creación literaria. Su primer trabajo de índole filosófica veía la luz en 1936 bajo el título *La imaginación* (*L'Imagination*), y dos años más tarde publicaba *Esbozo de una teoría de las emociones* (*Esquisse d'une théorie des émotions*). Ese mismo año 1938 se daba a conocer en el mundo de las letras con *La náusea* (*La Nausée*), novela en la que sugería una metafísica enemiga de toda trascendencia. El protagonista de este libro, Roquentin, experimenta por medio del sentimiento del absurdo la pregnancia de su libertad. Como Bardamu de Céline, protagonista de *Viaje al fin de la noche*, Roquentin destruye metódicamente todas las quimeras del viejo humanismo y hace tabula rasa de las convenciones culturales burguesas. Por su doble éxito, como teórico y como novelista, Sartre concretiza su ambición juvenil de ser al mismo tiempo «Stendhal y Spizona». La experiencia ontológica ilustrada por Roquentin se inscribe en un tratado filosófico de mayor amplitud, *El ser y la nada* (*L'Être et le Néant*, 1943), que enuncia las tesis mayores del existencialismo. La libertad constitutiva del ser humano queda allí analizada tanto en sus fundamentos psicológicos como en sus prolongaciones éticas. Rechazando como inauténtica toda moral interior de la intención, Sartre reduce al hombre —fruto únicamente de la contingencia— tan solo a sus actos y predica una moral del compromiso concebida como una verdadera creación estética sin antecedentes ni referencias.

Después de dar a la luz, en 1939, un compendio de relatos titulado *El muro* (*Le Mur*) y un nuevo ensayo filosófico, *Lo imaginario* (*L'Imaginaire*, 1940), inició una importante saga novelesca con el propósito de explorar «los caminos de la libertad», de la que únicamente fueron dados a la estampa los tres primeros volúmenes: *La edad de la razón* (*L'Âge de raison*, 1943), *El aplazamiento* (*Le Sursis*, 1945) y *La muerte en el alma* (*La Mort dans l'âme*, 1949). Inspirándose en las técnicas narrativas unanimitas de Jules Romains y en el arte de la composición panorámica ideado por John Dos Passos, Sartre reconstruía en dicha saga los pródromos y los primeros tiempos de la guerra de 1940 a través de la existencia de numerosos personajes autónomos. La neutralidad deliberada del relato no excluye sin embargo la apología de la acción colectiva sugerida *in fine* como eco sin duda a su experiencia durante sus años de cautiverio y, posteriormente, de resistente. Él mismo se reconocerá como «un autor que resiste» más que como «un resistente que escribe».

En 1943, Sartre se inicia en el mundo del teatro, en el que ve un género ideal para reflejar sus ideas filosóficas existencialistas. En su primera obra, *Las moscas* (*Les Mouches*), renovando, después de Giraudoux, el mito de Electra, hacía de Orestes el símbolo de la libertad. Al año siguiente, en *A puerta cerrada* (*Huis clos*), describía el infierno de la intersubjetividad. Posteriormente llevaba a escena

Muertos sin sepultura (*Morts sans sépulture*, 1946), *La puta respetuosa* (*La Putain respectueuse*, 1946), *Las manos sucias* (*Les Mains sales*, 1948), *El diablo y Dios* (*Le Diable et le Bon Dieu*, 1951), *Kean* (1954), *Nekrassov* (1955) y *Los secuestrados de Altona* (*Les Séquestrés d'Altona*, 1959). El éxito de la mayoría de estos dramas aseguró a Sartre una independencia material y un renombre que puso al servicio de su acción militante.

Filósofo, novelista, dramaturgo y también, ensayista —con obras como *Reflexiones sobre la cuestión judía* (*Réflexions sur la question juive*, 1946), *Baudelaire* (1947), *¿Qué es la literatura?* (*Qu'est-ce que la littérature?*, 1947), *Situaciones* (*Situations*, 1947) y *San Genet, cómico y mártir* (*Saint-Genet, comédien et martyr*, 1952)—, Sartre es, sobre todo, después de la guerra, un intelectual comprometido que ocupa el centro del debate público, al tiempo que la revista fundada por él con el apoyo de otros amigos, *Les Temps Modernes*, sienta las bases teóricas de ese compromiso y trata de renovar la vida intelectual francesa. El existencialismo sartreano, asimilado a menudo a las modas juveniles de Saint-Germain-des-Près, se encontraba en ese momento en su cénit, y lo seguiría estando hasta principios de los años sesenta. Execrado por la burguesía conservadora, este apóstol de la revolución jamás se acomodará a la ortodoxia comunista, por más que a menudo proclamara la «verdad insuperable» del marxismo. Con la que sería gran obra de su edad madura, *Crítica de la razón dialéctica* (*Critique de la raison*

dialectique, 1960), Sartre intentó llevar a cabo la reconciliación del materialismo dialéctico con el existencialismo. Aun admirando el brío de este ejercicio, su antiguo condiscípulo, su alter ego y su más temible adversario político, Raymond Aron, marcará claramente en *Historia y dialéctica de la violencia (Histoire et Dialectique de la violence*, 1973) los límites de este proyecto.

En 1963, Sartre parecía querer dar su adiós a la literatura en una deslumbrante autobiografía fragmentaria, *Las palabras (Les Mots)*, que definía al mismo tiempo la esencia del oficio de escritor. Justo al año siguiente, se le concedió el Premio Nobel de Literatura, pero, sorprendentemente, se negó a aceptarlo, como antes hiciera con la Legión de Honor, por estimar que las distinciones a un escritor podían influir de modo inconveniente en su obra. Pese a su aparente despedida, Sartre siguió escribiendo hasta su muerte en 1980. En 1965 daba a la luz otro drama, *Las troyanas (Les Troyannes)*, iniciando su monumental ensayo sobre Flaubert, *El idiota de la familia (L'Idiot de la famille)* que, inconcluso, se publicará tras su muerte.

Sartre mantuvo toda su vida una postura política de compromiso, que se radicalizó con acontecimientos como el mayo francés de 1968 o la invasión soviética de Checoslovaquia, que le alejaron del partido comunista francés. Desde que en 1945 renunciara a la enseñanza, su figura, inseparable de sus actitudes de defensa de la libertad absoluta



Jean-Paul Sartre. Premiado «por su obra que, rica en ideas y llena del espíritu de libertad y la búsqueda de la verdad, ha ejercido una influencia de gran alcance en nuestra época».

y de su sarcasmo ante el mundo burgués, ha influido en filósofos y escritores, convirtiéndose, junto a Camus –por más que su relación con él se rompiera violentamente– y Simone de Beauvoir, en claros referentes de una época convulsa.

*Mijaíl Alexándrovich Shólojov (1965)
Unión Soviética (1905-1984). Novelista*

Escritor soviético nacido el 24 de mayo de 1905 en el jútor de Kruzhílino (Rostov del Don), hijo de una familia de campesinos pobres, Shólojov tuvo una educación autodidacta tras dejar la escuela a los once años. Casi adolescente ingresó

en el Partido Comunista y en sus filas combatió en la Guerra Civil rusa que siguió a la Revolución Bolchevique. En 1917, conmovido por los eslóganes y proclamas de los bolcheviques, se alistó en el Ejército Rojo; también trabajó como periodista y editor. Después del triunfo bolchevique, Shólojov se estableció en Moscú, donde comenzó su carrera como escritor.

Su primer libro apareció en Moscú en 1925; se trataba de una colección de cuentos breves, *Cuentos del Don (Donskiye rasskazy)*, que pasó desapercibida pese a anunciar ya muchos de los elementos que conformarían su primera gran novela. Al año siguiente, no obstante, daba a la estampa *La estepa azul (Lazúrevaya step)*. Pero su obra más famosa, considerada por muchos como el más cumplido ejemplo del realismo socialista, es su extensa novela *El Don apacible (Tiji Don)*, publicada en cuatro volúmenes (1928-1941), en la que relata los efectos de la Primera Guerra Mundial y de la Guerra Civil en la región cosaca del Don, de donde, como veíamos, Shólojov era originario. Con este hermoso libro, Shólojov consiguió el premio Lenin en 1941, lo que le llevó a convertirse en el escritor más influyente de la Unión Soviética. Para entonces, Shólojov había ingresado en el Partido Comunista en 1932, y en 1937 entró a formar parte del Parlamento Soviético. Ocupó diversos cargos militares, administrativos y políticos. Shólojov acompañó en 1959 a Nikita Krushev en su viaje a Europa occidental y Estados Unidos, y en 1961 fue elegido miembro del Soviet Supremo de la URSS.

También con el pueblo cosaco como protagonista, Shólojov publicó en 1933 una nueva novela en dos volúmenes titulada *Tierras roturadas (Pódniataya tseliná, 1933-1960)*, centrándose esta vez en los problemas que a esta colectividad arcaica le ocasionan la colectivización y la modernización agrarias. La narrativa de Shólojov, heredera del realismo psicológico ruso del siglo XIX y enriquecida con aportaciones culturales y léxicas del universo cosaco, comprende, además de las obras citadas, *Lucharon por la patria (Oní srazhalis za Ródinu, 1944-1970)*, novela de carácter épico centrada en tres momentos vitales de la historia soviética: la revolución bolchevique, la colectivización agraria y la dura prueba que para el pueblo cosaco supuso la invasión alemana, y *El destino de un hombre (Sudbá cheloveka, 1956-1957)*.

En el año 1965, Mijaíl Shólojov recibió el Premio Nobel de Literatura, una decisión que la Academia Sueca basó en «la fuerza e integridad artísticas con las que Shólojov había dado expresión creadora a una fase histórica del pueblo soviético» y que, en cambio, otros sectores de la cultura occidental consideraron como un voto de desagravio a la URSS tras la concesión del polémico premio a Boris Pasternak. Y es que, a diferencia de Pasternak o de Solzhenitsyn, Shólojov fue un hombre plenamente aceptado por las instituciones soviéticas. Perteneciente a la cúpula dirigente del PCUS y considerado como el exponente más acabado del realismo

socialista. Un intelectual que siempre se movió dentro de los cauces de la más estricta ortodoxia soviética.

En la actualidad –y tras su fallecimiento en 1984, a los 78 años de edad–, en Rusia las nuevas generaciones de la comunidad cosaca juzgan a Shólojov como uno de los personajes trascendentales en la historia de su pueblo. Gracias a sus obras se preservaron valiosos destalles de la tradición y la cultura cosaca, valores y costumbres que el propio escritor absorbió en el seno de su familia durante su infancia. Durante muchos años, por lo demás, las obras de Shólojov –traducidas a infinidad de idiomas– formaron parte de los programas de estudio y se consideraron de conocimiento obligatorio en la RSFS de Rusia y en otras repúblicas de la extinta Unión Soviética.

Mijaíl Shólojov.
Galonado «por el poder
y la integridad artística con
la que, en su epopeya del
Don, ha dado expresión a
una fase histórica en la vida
del pueblo ruso».



Shmuel Yosef Agnón (1966)
Israel (nacido en el Imperio austrohúngaro)
(1888-1970). Novelista

Shmuel Yosef Agnón, seudónimo del escritor israelí, en lengua hebrea y yiddish, Shmuel Yosef Czaczkes, Premio Nobel de Literatura de 1966, es el patriarca de las letras hebreas, y su biografía, raíces e ilusiones ejemplifican a la perfección el movimiento que, tras grandes penalidades, dará origen al Estado de Israel en 1948.

Nacido en Buczacz, pequeño pueblo de la región polaca de Galitzia —a la sazón parte del Imperio austrohúngaro— en 1888, en el seno de una familia judía de origen polaco, Shmuel Yosef Agnón no recibió educación formal, pero de su padre, un culto rabino, aprendió el *aggadash*, y de su madre la literatura alemana. En Polonia, sin embargo, al igual que en Rusia, el ambiente era casi intolerable para los de su pueblo: humillaciones, discriminaciones y, sobre todo, los terribles *progroms* en los guetos, con su rosario de muertos y heridos. Por eso no es de extrañar que el joven Agnón entrara muy pronto en contacto con los grupos sionistas e hiciese suyo el deseo de retornar a Palestina. La tierra de sus antepasados formaba parte por aquel entonces del Imperio turco, y los sultanes se mostraban benévulos a la hora de conceder asentamientos a los judíos en Palestina. Aprovechando esta posibilidad, Agnón, que había dado ya muestras de precocidad literaria escribiendo relatos y poemas en yiddish y

en hebreo y colaborando en diversas revistas polacas, visitó por primera vez su futura patria en 1907, donde vivió hasta 1913, año en que se trasladó a Alemania, un país con fuerte comunidad hebrea, donde se casó y entró en contacto con personalidades como Martin Buber, el poeta Jaim Najman Bialik y, sobre todo, Salman Schocken, un acaudalado hombre de negocios, quien se convirtió en su admirador y benefactor. Con su protección, Agnón tuvo la oportunidad de despreocuparse de su economía personal, lo que le permitió escribir lo que quisiera; sin embargo, este periodo de tranquilidad y felicidad finalizó cuando, el 6 de junio de 1924, un incendio terminó con todos sus manuscritos. Ese mismo año abandonó Alemania ante el creciente auge del nazismo, y se instaló definitivamente en Jerusalén, en el distrito de Talpiot. Su retorno no fue del todo grato, ya que cinco años después un nuevo contratiempo terminaría minando sus escritos y su biblioteca personal durante los disturbios árabes de 1929.

Aunque empezó a publicar muy pronto, el reconocimiento oficial tardó bastante tiempo en llegarle. Hoy día, Agnón está considerado una de las figuras más relevantes de las letras hebreas contemporáneas, especialmente por su labor narrativa; en efecto, su literatura, cada vez más decantada hacia la novela y el cuento, es inseparable de la tradición judía, de sus personajes, de su nostalgia. Como a otros muchos escritores hebreos, a Agnón le encantaban los

temas sencillos, llenos de lirismo y con un evidente fondo moral, siempre referidos a su pueblo, a sus problemas y a sus ilusiones.

Fue autor de una vasta producción —la edición completa de sus trabajos, publicada en Jerusalén en 1957, consta de once volúmenes, sobrepasando los 80 títulos—, entre la que cabe destacar *Y lo torcido se enderezará* (*Vé-haya Ha'akov Lemishor*, 1912), *La dote nupcial* (*Hakhnasat kallah*, 1931) —libros centrados en su ciudad natal—; *En el corazón de los mares* (*Bi-levav yamin*, 1933) —novela corta sobre un grupo de diez hombres que viajan desde Europa del este a Jerusalén; *Una historia simple* (*Sipur pashut*, 1935) —novela corta sobre un joven, su búsqueda de una novia y las lecciones del matrimonio—; *Un huésped por una noche* (*Ore'ah Noteh Lalun*, 1938) —que aborda la trágica condición del mundo judío tras la Primera Guerra Mundial—; *Desposado* (*Shevuat Emunim*); *Ayer y anteayer* (*Etmol shilshom*, 1945) —novela épica, sin duda su gran obra maestra, en la que está incluido el que se considera su mejor cuento, «Un perro vagabundo»—; *Edo y Enam* (1950); *Hasta el día de hoy* (*Ad henah*, 1952) —en la que se refiere la historia de un joven escritor varado en Berlín durante la Primera Guerra Mundial y *Shira* (1971), novela póstuma ambientada en Jerusalén, durante las décadas de 1930 y 1940, y en la que un profesor de mediana edad que sufre de aburrimiento, Manfred Herbst, pasa sus días merodeando por las

calles buscando a Shira, la seductora enfermera que conoció cuando su esposa estaba dando a luz a su tercer hijo.

Sus escritos, desconcertantes por su complejidad, merecieron no obstante una amplia acogida tanto por parte de la crítica como del público. El *leitmotiv* de su novelística es la diáspora judía de Europa oriental, y en sus narraciones el enfoque humorístico se superpone a un hondo sentimiento religioso. Autor, como ya dijimos, sumamente prolífico, Agnón brilló en la narrativa y en el ensayo, sin olvidar las diversas recopilaciones de relatos y leyendas populares del folklore judío. La voz con la que abordó sus trabajos literarios es de una gran riqueza y diversidad, ya que entre estos es posible encontrar desde relatos escritos en un estilo realista hasta novelas de ambiente onírico.



Shmuel Yosef Agnón.
Obtiene el Nobel «por su arte profundamente narrativo con tópicos característicos de la vida del pueblo judío».

Tomando como referencia fuentes bíblicas y sermones rabínicos, creó memorables parábolas, y sus juegos e invenciones lingüísticas son de una gran originalidad.

Durante su madurez, Agnón recibió numerosos reconocimientos: el premio Bialik (1934 y 1950), el Ussishkin (1940), el Israel (1954) y, finalmente, y como dijimos, el Nobel de Literatura en 1966, que compartió con Nelly Sachs.

Nelly Sachs (1966)

*Suecia, nacida en Alemania
(1891-1970). Poeta y dramaturga*

Hija de un próspero industrial, Nelly Sachs, poetisa y dramaturga alemana, nació en Berlín, en 1891, y creció en la elegante sección Tiergarten de dicha ciudad. Perteneciente a una familia judía asimilada, empezó a escribir versos a los diecisiete años. Romántica y convencional, sus poemas de la década de 1920 aparecieron en los periódicos, pero los escribía principalmente para su propio disfrute.

A medida que el advenimiento del nazismo en Alemania oscureció su vida, buscó consuelo en los antiguos escritos judíos. En 1940, después de enterarse de que estaba destinada a un campo de trabajos forzados, logró escapar a Suecia con la ayuda de la novelista sueca Selma Lagerlöf, parte de cuya obra había traducido al alemán y con quien había mantenido una habitual correspondencia desde dos décadas atrás.